FL 33 29

A partir de ahora 30 minutos dedicados a la revista de filología. Un programa dedicado a tratar temas relacionados con lengua y literatura para los alumnos de filología y en general para todos aquellos interesados en esta materia. El espacio de hoy está dedicado a lingüística, concretamente a la lingüística y la enseñanza de la lengua materna, que es el tema que desarrolla a continuación el catedrático de lengua española en la UNED, Antonio Quilis Morales.

Todos conocemos el vertiginoso avance de la investigación lingüística en lo que va de siglo y el cambio profundo que ello ha originado en todos los órdenes atingentes a esta disciplina, empezando por su mismo contenido y concepto. La lingüística se define como el estudio científico del lenguaje o de las lenguas. Esta definición comporta dos aspectos que se complementan.

Por un lado, el estudio de las lenguas particulares como fin en ellas mismas, con el objeto de realizar su descripción exacta y exhaustiva. Por otro lado, las consecuencias que se derivan de este estudio al obtener de él la información necesaria para captar la naturaleza del lenguaje en general. Además, la definición subraya el adjetivo científico, haciéndolo privativo de la época actual a partir del estructuralismo y aún dentro de ella con determinados matices.

Esto es una verdad, pero una verdad relativa. Cada época ha concebido la ciencia de acuerdo con sus presupuestos filosóficos, en el amplio sentido etimológico, que señalan la conducta social. La inquietud por las cuestiones del lenguaje aparece en el mundo desde la más remota antigüedad.

Esta inquietud se refleja en unas civilizaciones y en unos momentos bajo una forma mítica, utilizando el poder de la lengua en función de la magia o de la religión. En otras, la existencia de estudios centrados en la misma lengua era la consecuencia de un interés puramente filosófico, como en los griegos, exegéticos, recordemos por ejemplo Aristarco y otros comentadores de Homero empeñados, por motivos políticos y estéticos, en transmitir intactos para la posteridad los poemas homéricos, o los primeros gramáticos de la India con el mismo interés por sus libros sagrados, o los romanos por comentar sus autores latinos, o motivos políticos como la regularización de la lengua latina en el imperio romano, etc. Este interés lingüístico se mantiene en Europa durante toda la Edad Media, el Renacimiento y llega hasta el siglo XIX, donde con la lingüística histórica comienza una nueva etapa.

De la época de las curiosidades lingüísticas y de la erudición, se pasa a la etapa de la ciencia, anunciada ya en 1806 por Mercier, en una carta sobre la posibilidad de hacer de la gramática un arte-ciencia tan cierta en sus principios, tan rigurosa en sus demostraciones, como las arte-ciencias psíquico-matemáticas. Pero desde nuestra actual perspectiva, aunque los estudios sobre cuestiones del lenguaje hayan estado presentes de un modo u otro en todas las épocas, y aunque seamos los grandes deudores de las concepciones lingüísticas anteriores, hay una diferencia fundamental en la forma de concebir la lingüística entre ayer y hoy. Y esta diferencia

reside, en opinión de los lingüistas contemporáneos, en el término científico.

Los estudios antiguos no eran científicos, en el sentido de que carecían de las características que hoy pensamos que debe poseer una ciencia. Ser empírica, exacta, objetiva, y, lógicamente, ser ella misma su propio fin. Antes, la lingüística carecía de autonomía.

Estaba al servicio de otras disciplinas, como la filosofía, la lógica, la retórica, la historia de la literatura, o la crítica literaria. Esta lingüística, que de un modo general se denomina lingüística estructural, ha sentado una serie de principios básicos que conviene recordar sucintamente. La lingüística es descriptiva.

Se limita a realizar la descripción de una lengua, es decir, a describir cómo hablan o escriben los hombres, a diferencia de los estudios lingüísticos anteriores, que eran fundamentalmente normativos. Prescribían cómo se debería hablar o escribir, considerando como incorrecto todo lo que no se ajustase a las normas preestablecidas subjetivamente por ella. Al ser descriptiva, la lingüística se aplica por igual al estudio de cualquier lengua.

Como sus métodos son estructurales, se reconoce la unidad de cada lengua. El método pone de relieve, además, lo que de común tienen todas las lenguas, y facilita la comparación entre ellas. El lingüista considera de igual modo una lengua de larga tradición escrita, una lengua de cultura, que la lengua de una tribu primitiva.

Su interés por todas las lenguas deriva de los objetivos mismos de su disciplina, la formulación de una teoría científica de la estructura de la lengua humana. La lingüística da prioridad a la descripción sincrónica. Ferdinand de Saussure realizó una fecunda distinción entre sincronía y diacronía.

El estudio sincrónico de una lengua es la descripción de un estado determinado de esa lengua en un momento dado. Por ejemplo, cuando se estudia el español actual o el de inglés del siglo XV, se están realizando estudios sincrónicos. El estudio diacrónico de una lengua es la descripción a través de su evolución histórica.

El estudio diacrónico del español sería su evolución desde los documentos más antiguos hasta hoy. Este estudio se basa en el paso de un estado de lengua a otro, es decir, en diferentes cortes sincrónicos. De ahí la importancia de la descripción lingüística.

El lenguaje se concibe como la conjunción de la lengua, que es un modelo general y constante para todos los miembros de una colectividad lingüística, y el habla, que es la materialización de ese modelo en cada miembro de la colectividad lingüística en un momento y lugar determinados. Distinguir esos dos planos supone tanto como diferenciar la multitud de realizaciones individuales, orales o escritas, de las leyes generales que las rigen. El lenguaje es ante todo un fenómeno oral.

Para los gramáticos tradicionales la forma escrita y literaria de una lengua es mejor que su forma oral, y la gramática fundada sobre ella también es la mejor. Pero la lingüística descriptiva

ha puesto de relieve que en la complejidad del lenguaje la vertiente literaria no lo es todo, ya que ésta es como la capa de hielo que se forma en la superficie del río, debajo de la cual fluye el lenguaje en su forma más espontánea, más frecuencial, más común, la oral. La lingüística actual no desdeña la lengua escrita como la tradicional arrinconaba la hablada, pero da más importancia a esta última, porque en primer lugar, desde el punto de vista genético, la lengua hablada es anterior a la escrita.

En segundo lugar, la lengua escrita es una conformación de la lengua hablada, que se configura artísticamente en la lengua escrita literaria. En tercer lugar, la lengua escrita pierde elementos que posee la lengua hablada, las variaciones significativas del tono, del acento, los valores expresivos que difícilmente se pueden transcribir con los signos ortográficos y todo el lenguaje gestual que acompaña al acto de habla. Las diferencias entre lengua hablada y lengua escrita son muy importantes, el estudio de las dos es necesario.

Por otra parte, la forma escrita es un fuerte nexo de unión en una lengua, nexo que evita además su desmembración. El lenguaje es un fenómeno social, debe ser concebido esencialmente, porque así lo es, como el medio de comunicación entre los hombres. El lenguaje es un sistema de signos previamente convenidos por los miembros de la comunidad lingüística y codificados en una lengua determinada.

La lengua es una forma, no una sustancia. Es decir, la realidad en que vive el hombre, que es una sustancia amorfa, nebulosa e indiferenciada, toma forma y significado en las diferentes lenguas a través de la asociación convencional de un significante, de unos sonidos, con una cierta parte de esa sustancia conceptual. La lengua es una estructura, de ahí que en ella todo es función.

Cualquier unidad de la lengua es una unidad de la misma sólo si cumple una función diferencial. La prueba de la funcionalidad se realiza mediante la conmutación de una unidad por otra u otras. Por ejemplo, el prefijo des, en deshacer, es una unidad porque se opone al prefijo re, en rehacer.

La lengua es un sistema de contrastes. Las unidades funcionales existen como unidades que forman contrastes, como unidades opositivas. Es decir, tienen algo en común y algo diferencial.

Lo que es distinto entre dos unidades funcionales, las diferencias mínimas que existen son los rasgos distintivos, y una unidad funcional puede analizarse sin residuos en rasgos distintivos en aquello por lo que es una unidad diferente a las demás. El lenguaje es un sistema de sistemas. Las unidades funcionales suelen formar sistemas, es decir, las mismas oposiciones se repiten varias veces para varias unidades, y un número determinado de rasgos distintivos organiza varios grupos de unidades.

Estos pequeños sistemas originan sistemas más grandes. El sistema fonológico, el gramatical, el semántico, y el conjunto de todos estos sistemas, el gran sistema de la lengua. A la vista de estos principios, que a nuestro modo de ver son los más esenciales, fácilmente se pueden

deducir las diferencias entre la lingüística estructural y la tradicional.

Pero la investigación lingüística no se ha detenido en el estructuralismo. Ha ido más allá, intentando explicar la facultad que tiene el hombre para emitir e interpretar frases nuevas y para rechazar determinadas secuencias que considera como gramaticales sobre la base de una experiencia limitada. Tanto la llamada lingüística tradicional como la estructural se limitan, cada una con sus objetivos y sus métodos diferentes, a clasificar los hechos de la lengua sin llegar, como pretende la nueva gramática generativa y transformativa, a enunciar un conjunto finito de reglas capaces de engendrar todas las frases fundamentales de una lengua dada, y otro conjunto finito de reglas de transformación que permiten engendrar todas las frases gramaticales derivadas de una lengua dada.

Hay que tener presente que en nuestra disciplina, como en cualquier otra, se produce siempre un desfase entre la teoría y su aplicación. Este desfase ha sido aún más agudo en la lingüística actual a causa de la sucesión de distintas teorías que, si bien puntualizaban y mejoraban los estudios anteriores, no dejaban el suficiente reposo para su aplicación exhaustiva. Conocida es la frecuente acusación de los gramáticos tradicionales a los estructuralistas.

Estos siempre hablaban de cómo había que escribir la gramática de una lengua dada, pero no escribían ninguna. El tiempo va pasando y las distintas teorías van dejando su pozo. Es necesario distinguir entre la enseñanza de la segunda lengua y la enseñanza de la lengua materna.

En la comparación, ésta sale tremendamente perjudicada. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial y los siguientes, en los Estados Unidos se inicia, por motivos estratégicos y políticos, con el programa lingüístico especializado del Ejército I y se desarrolla luego por medio de otros programas similares una amplia investigación para la enseñanza de la segunda lengua. La aparición de la nueva metodología para adquisición de otras lenguas es posible, en primer lugar, por el desarrollo que había alcanzado ya en esa época la lingüística estructural y por centrarse en un cruce interdisciplinario, siempre fecundo, donde lingüistas, pedagogos y psicólogos trabajaron por conseguir un mismo objetivo.

Pronto esta nueva, nueva por su contenido y método, no por su cronología, rama de la lingüística, cobraría carta de naturaleza bajo el nombre de lingüística aplicada. Hoy, por influencia de la teoría de la comunicación, decimos que todo lo que comunica un mensaje bajo la forma de un determinado código es una lengua. De este modo, la música, las matemáticas, las señales de tráfico, la pintura y el medio que utilizan dos individuos para comunicarse hablando o escribiendo son lenguas.

Pero la lengua que utiliza el hombre para comunicarse en su medio social es lo que llamamos una lengua natural, mientras que las demás no lo son. Según Hemslev, la lengua natural es una lengua en la que todas las otras lenguas se dejan traducir, contrastando su universalismo con el particularismo de las lenguas no naturales. Si la lengua natural es, en nuestro caso, la lengua materna, su necesidad vital es indiscutible.

No en vano afirmaba Horff que el sistema lingüístico de cada lengua constituye un programa y una guía para la actividad mental del individuo, para el análisis de sus impresiones, para la síntesis de su fondo interior. Sobre la importancia de su enseñanza, de su adquisición incluso, creemos que no es necesario insistir. En los principios enunciados anteriormente, hemos indicado que toda lengua es una estructura en la que determinadas unidades funcionaban originando un sistema de contrastes.

Estas unidades se integran jerárquicamente unas en otras en los diferentes niveles lingüísticos, el fonológico, el gramatical y el semántico. Una descripción de cualquier lengua tiene que dar cuenta de estos tres niveles para ser exhaustiva, y como es lógico, ninguno de ellos puede desdeñarse en el momento de la enseñanza de la lengua materna, pues ninguno de ellos puede existir aislado. Merece la pena detenernos, aunque sea brevemente, en cada uno de ellos.

Hemos apuntado más arriba que el lenguaje es ante todo un fenómeno oral. Siempre se ha hablado más que se ha escrito, y hoy la forma oral constituye el mayor porcentaje de los medios de comunicación. No es justo, por lo tanto, que a la expresión oral no se le dedique el tiempo necesario.

Existen unos problemas de entonación, de pausas, de dicción, que requieren su enseñanza o su corrección, que no se aprenden espontáneamente o se aprenden con una serie de efectos imposibles de corregir más tarde. Hasta los 11 o 12 años, según la psicolingüística, el niño está en condiciones óptimas de asimilar todo lo que se refiere a significante. A partir de la pubertad, esta facultad disminuye gradualmente con el paso de los años.

La base oral tiene el suficiente peso específico en la comunicación como para prestarle toda nuestra atención, y el momento es precisamente el de la edad escolar. ¿Por qué en la expresión escrita se corrige tan cuidadosamente el rasgo vertical de la T, por ejemplo, y en pronunciación todo es bueno? ¿Pero si hay que corregir, en función de qué modelo? El nivel gramatical es, a nuestro modo de ver, el más importante, porque en él confluyen y se articulan todos los otros niveles de la lengua. La enseñanza en este nivel todavía sigue siendo, en muchos casos, bastante caótica.

Es una enseñanza llena de reglas que circunscriben la libertad del alumno, con una terminología y unas clasificaciones incoherentes que tanto hacen referencia a la forma, como a la función, como a la significación y, además, esencialmente normativa. ¿Cuál es la mejor gramática? Todos los lingüistas contemporáneos, estructuralistas y generativistas predican al unísono que la mejor gramática es la más exhaustiva, la más simple, la más general y la más sistemática posible. Lo difícil es estar de acuerdo en que todas estas condiciones las reúne la gramática A o la gramática B. Cada lingüista puede pensar que la doctrina que predica responde a esos principios, que por otra parte son los ideales.

Lo que sí puede decirse es que, desde los comienzos del estructuralismo, todas las teorías lingüísticas que se han sucedido hasta hoy han mantenido como norte cumplir esos requisitos,

quedándose en la práctica, también es verdad, a mayor o menor distancia del ideal preconizado. El objetivo de la enseñanza en la lengua materna, tanto del nivel gramatical como de los otros niveles, es el de su mejor conocimiento, desarrollo y comprensión. Cuando el alumno llega a la escuela, habla su lengua, posee más o menos desarrollados unos mecanismos lingüísticos que le permiten comunicarse.

El alumno sabe de la vivencia de su lengua que ha adquirido libremente y se le hace cuesta arriba tener que someterla a unas reglas determinadas cuya utilidad pone entera de juicio. Por eso es conveniente que sea el mismo alumno el que aporte los materiales necesarios para desarrollar, siempre bajo la dirección del profesor, la lección adecuada. Es preciso que el alumno vaya adquiriendo las estructuras básicas de su lengua de un modo automático y no presentárselas como problemas que debe resolver.

Por otro lado, saber una regla gramatical no es poder formularla, sino ser capaz de aplicarla con un alto grado de automatismo. Ambos son axiomas de la lingüística aplicada. Poco a poco, y como una consecuencia del empleo de la lengua en la expresión oral y escrita, empleo en el que se ve obligado a utilizar procedimientos de selección que le inducen a manejar los elementos gramaticales de su lengua, se va introduciendo al niño en las nociones elementales de su gramática.

Solo a partir de aquí será progresiva su enseñanza, y siempre como medio de enriquecer el conocimiento de su lengua. Hemos hablado anteriormente de gramática normativa, involucrándola con el estudio gramatical tradicional que era definido como Ars Benedicendi et Bene Escribendi. En realidad, ambos aspectos estaban íntimamente unidos, ya al gramático le correspondía decir lo que era la lengua y lo que debía ser.

Se justifica la conjunción de lo descriptivo y de lo normativo por medio de diversos argumentos. De diferentes giros posibles, por ejemplo, el giro correcto sería aquel que concuerde mejor con las costumbres generales de la lengua, o el que sea susceptible de una justificación lógica, o el que tenga las raíces más profundas en la historia de la lengua. En este caso, por ejemplo, sería necesario saber latín para hablar bien el español.

Como es fácil imaginar, estos criterios de normativismo, tan vagos y subjetivos, no caben en el cuadro de una lingüística objetiva y descriptiva. Por eso, lo normativo se dejó a un lado. Sin embargo, para la valoración de determinadas actitudes en sociolingüística, para saber lo que es correcto o incorrecto en la enseñanza de la lengua, tanto de la materna como de la segunda, es necesario introducir una norma reguladora.

Hoy se intenta fijar esta norma, o este conjunto de reglas prescriptivas, de un modo totalmente objetivo, partiendo de la descripción de las estructuras lingüísticas de la lengua en cuestión, y tomando como tales las que sean aceptadas por el uso o establecidas por los técnicos siempre que reposen sobre un código lingüístico aceptado socialmente como bueno. A esta norma así establecida se podrán referir las cuestiones de corrección en todos los niveles de la lengua. Si los aspectos fónico y gramatical han sido el objeto de una sistemática en su investigación y lo

están siendo en la enseñanza, no se puede dejar a un lado el nivel léxico-semántico.

A nadie se le oculta, por otra parte, la importancia de lo que, de una manera muy amplia, se denomina la adquisición del vocabulario. Pero el enriquecimiento de este nivel no debe efectuarse sólo como una mera acumulación de términos, sino que debe hacerse, en conjunción además con el nivel gramatical, a base de ejercicios en los que se estructuren campos léxicos y semánticos. La dificultad de la estructuración del léxico, por su mismo carácter de abierto, es evidente.

No hay que pretender realizarlo sobre toda la lengua, pero sí siempre que la ocasión se presente y como medio prioritario para la adquisición del vocabulario. Sólo a través de las relaciones de las unidades lingüísticas, en cualquiera de sus niveles, es posible hacer comprender al alumno la realidad de la estructura de su lengua, permitiéndole su posterior desarrollo automático y dotándole, aunque éste no sea el objetivo, de ciertas facultades para un ejercicio mental riguroso nada desdeñables. Aún queda otro problema importante, el del medio sociocultural y geográfico del alumno, que si es importante para la enseñanza de los aspectos fónico y gramatical, es decisivo en el léxico semántico por la variedad que cualquier lengua puede presentar en él.

Estos son, en resumen, algunos de los puntos que el catedrático de lengua española en la UNED, Antonio Quilis, ha tratado en su exposición. Lingüística se define como el estudio científico del lenguaje o de las lenguas. Dos aspectos complementan esta definición.

Por un lado, el estudio de las lenguas particulares como afín en ellas mismas, con el objeto de realizar su descripción exacta y exhaustiva. Por otro lado, las consecuencias que se derivan de este estudio al obtener de él la información necesaria para captar la naturaleza del lenguaje en general. La lingüística estructural es descriptiva.

Se limita a realizar la descripción de una lengua, es decir, a describir cómo hablan o cómo escriben los hombres. El lenguaje se concibe como la conjunción de la lengua que es un conjunto general y constante para todos los miembros de una colectividad lingüística en un momento y lugar determinados. Hoy, por influencia de la teoría de la comunicación, todo lo que comunica un mensaje bajo la forma de un determinado código es una lengua.

La lengua que utiliza el hombre para comunicarse en su medio social es lo que llamamos una lengua natural. Según Hienlef, la lengua natural es una lengua en la que todas las otras lenguas se dejan traducir, contrastando su universalismo con el particularismo de las lenguas no naturales. Toda lengua es una estructura en la que determinadas unidades funcionan originando un sistema de contrastes.

Estas unidades se integran jerárquicamente unas en otras en los diferentes niveles lingüísticos, fonológico, gramatical y semántico. El lenguaje es, ante todo, un fenómeno oral. Siempre se ha hablado más que se ha escrito.

Y esto fue todo por hoy en el espacio de filología, en el que el catedrático de lengua española, Antonio Quilis Morales, trató de la lingüística y la enseñanza de la lengua materna. Volvemos el próximo lunes a esta hora para tratar un tema de latín, normas de traducción e interpretación de textos, coordinado por Carmen Teresa Pavón de Acuña. Hasta entonces, gracias por su atención y buenas noches.